



• LAS HERMANITAS DE LOS POBRES

Hace treinta años, el párroco de San Servando, pequeña población de Bretaña, concibió una idea filantrópica, que sin recursos de ningún género y sin más auxilio que la caridad, ha dado ya tales resultados, que, ó el espíritu del siglo es ménos egoísta de lo que se supone, ó la Providencia, interviniendo con su protección eficaz é inmediata, se interesa en el buen éxito de la obra iniciada por el virtuoso sacerdote. Una congregación de mujeres, que voluntariamente renuncian á los placeres de la vida para dedicarse á la asistencia y sostenimiento de los ancianos desvalidos, recorre la Europa, creando, sin propiedad alguna, sin poseer nada, asilos para los viejos, en la mayor parte de las ciudades de importancia. Para alquilar esos edificios, para edificar algunos, para subvenir á las necesidades diarias de tan costosos establecimientos, aquellas buenas mujeres, que han aceptado con júbilo el nombre de *Hermanitas de los pobres* y

pronunciado votos solemnes, pasan su vida en el trabajo más penoso y se humillan implorando limosna para los ancianos, sin descansar nunca, sin arrojarse ante los obstáculos de idiomas y costumbres desconocidas, y prosiguiendo su santa obra con una confianza que infunde por lo ménos admiración y respeto.

Unos cinco años hace que una comisión de Hermanitas de los pobres llegó á Madrid para fundar un establecimiento, el noveno, si no nos equivocamos, que poseen en España; la mayor parte de los madrileños ignora la existencia del asilo humanitario que, para honra de sus fundadoras, han logrado crear, si bien humildemente todavía y en pequeño. Lectoras, si quereis experimentar unas de esas emociones gratas que pocas veces se sienten en la vida, suprimid el paseo una sola tarde, y dirigíos á la calle de Hortaleza, número 148. Allí voy á conducir os mentalmente, contándoos lo que he visto,

y de cuya verdad podeis prácticamente convenceros.

Cuando entré, á los pocos meses de abrirse el establecimiento, en compañía de dos amigos, la superiora nos recibió con una amabilidad, con un agrado y cortesía tal, que nos animó á hacer algunas preguntas minuciosas, mientras visitábamos todas las habitaciones. Habla correctamente el español, así como la hermana que iba en su compañía, la cual desempeña el oficio de postulante, recorriendo las casas en demanda de socorro.

—Gracias á Dios, hoy pueden los pobres ofrecer á Vds. asiento, dijo, enseñándonos un ancho sofá y algunas sillas, que eran regalo de personas diferentes, segun la diversidad pintoresca de sus clases. Las primeras visitas que recibimos, hace algunos meses, hubieron de permanecer en pié, porque no teníamos sillas. Hoy, la caridad nos ha proporcionado estas comodidades.

Hay en el establecimiento un aseo, una limpieza y un órden, que hacen la estancia allí sumamente agradable. Así se lo hice entender á la superiora, que me contestó sonriendo:

—La limpieza es el lujo de los pobres.

—Y ¿quiénes son los protectores de este asilo? pregunté á las dos hermanitas.

—Muchos: pero San José es el más eficaz, el que continuamente nos ayuda. Por eso está su efigie en todas las habitaciones. Y me enseñó una pequeña capilla de piedra, con la imágen del santo. Estas capillas son obra de uno de los acogidos, y aunque algo toscas, tienen mucho mérito; la gratitud ha hecho escultor á un pobre que no tiene ni conocimiento del dibujo.

Y dijo la superiora, enseñándonos unas cortinas ó cuadros que cubrian los cristales de la galería:

—Los pobres viejos no tenían con qué resguardarse del sol en verano. Un caballero que visitó el establecimiento, nos hizo observar la falta que ya habíamos notado.

«San José se cuidará sin duda de remediarla,» añadió el caballero; y en efecto, al dia siguiente se presentó un mozo, trayendo las cortinas de parte del bendito patriarca.

—No es eso sólo, añadió la otra hermana: el milagro se repite con mucha frecuencia; todo el mobiliario que poseen los pobres ha venido como llovido del cielo, sin saber casi nunca quién envia los regalos; la caridad que hace prosperar el establecimiento es la más pura y legítima, la que se oculta para hacer el bien, la que se ruboriza al practicarle. Un dia llamaron á la puerta y se presentó un carpintero: nos hacia falta una escalera para comunicar interiormente el piso principal donde están las mujeres, con el más alto, en el que habitan los hombres: el maestro tomó medidas, y pocos dias despues la obra estaba terminada: no sabemos quién es el alma benéfica á la que debemos este obsequio: lo mismo ha sucedido con el lavadero y con los cuadros, y con todo, en fin, lo que ven Vds. en las habitaciones.

Entramos en la cocina; la estaban blanqueando las hermanas: tambien vimos allí á San José presidiendo la sopa de los pobres, que hervia en anchas marmitas.

—Y la comida ¿se reduce á eso solamente? preguntó uno de mis compañeros.

—¡ Oh! no, señor, contestó con cier-

ta vanidad la superiora; y destapó una cacerola colocada á corta distancia del fuego.

Todos contemplamos con curiosidad su contenido.

Era un condimento particular, hecho de huevos, que despedía un olor agradable y sustancioso.

—Es tortilla, dijo con orgullosa sonrisa la superiora.

Francamente, confieso, que aquello no me pareció tortilla, ó poco entiendo del arte culinario; sin embargo, comprendí que era una cosa buena, y que condimentada por aquellas manos caritativas, debía saber á gloria.

—Procuramos variar, repuso una hermanita, y hasta ahora la caridad nos lo ha permitido.

—Pero, ¿cómo se hace ese milagro?

—De un modo muy sencillo: la hermanita encargada de comprar, recorre todas las mañanas las plazuelas: el pueblo español es generoso, y responde siempre á los sentimientos nobles: viera V. á los vendedores cubrir de verduras, de legumbres, de carne á veces el carrito destinado á conducir el alimento diario. Los pobres compran sin dinero. Un día preguntamos á la decana de nuestras viejecitas, que tiene 104 años, qué cosa la apetecía más, por si podíamos procurársela: nos respondió que la gustaba mucho la gallina; ya sabe V. que están caras.

Hice señal de asentimiento, aunque á la verdad, siempre he ignorado el precio de esas aves.

—Pues bien, prosiguió, salió á la plaza la hermanita, y ha de saber usted que cada día de la semana variamos de mercado, para no fatigar: aquella mañana parece que Dios había comprendido nuestros deseos. Un po-

llero se acercó á la hermana, con una hermosa gallina en las manos. «Tome usted, la dijo, para que den caldo á los viejos. ¿Quién sabe si con el tiempo habré menester que otros hagan conmigo esta caridad?» No puede usted figurarse la alegría con que recibimos aquel oportunísimo presente.

—¿Y es regalo también ese carro? preguntó uno de mis amigos.

—¡Oh! sí, señor. Pero ántes, la hermanita tenía que fatigarse mucho para traer la compra. Una mañana nos enviaron un regalo, que de seguro no adivinará V. fácilmente.

—No es probable.

—Pues bien; nos regalaron un borriquito para que facilitase el abastecimiento en la plaza, y el mozo que nos lo trajo acude todos los días y se encarga de su manutención. No sabemos quién es el protector al cual debemos tan utilísimo regalo.

Confieso que íbamos de sorpresa en sorpresa, al ver la caridad tan bien comprendida, experimentando cierto orgullo con los elogios que de la generosidad española hacían aquellas buenas señoras, cuyo pensamiento secundan cuantos acuden á visitar el asilo hospitalario.

Vimos la pieza destinada á lavadero: los dormitorios de las ancianas, la enfermería y el oratorio donde se celebra una misa diaria que oyen todos los pobres, aunque la asistencia no es obligatoria para ellos.

Inútil es decir que la pequeña sacristía, el modesto, pero bonito altar, los candelabros de madera, algunos cuadros, dos lámparas y cuanto compone el ornamento de la capilla, es obra de la caridad. La regla prohíbe el oro y la plata en los adornos: todo es

allí de una sencillez primitiva. Una lámpara de cristal arde siempre colgada en el techo del oratorio.

Pasamos al comedor, donde estaban las acogidas, en número de veintiseis, asistidas por una hermana, y con los trajes que buenamente han podido proporcionarlas, aseados y pulcros, y que

obedeciendo al aspecto general de la casa, todos eran distintos. Allí la uniformidad no existe, sino en los dormitorios; todo lo demás es variado: cada silla de su clase; cada mueble de su época; los hay de una antigüedad respetable, y modernos, todos en distinto uso, sin guardar otra simetría que la



del buen orden con que se hallan colocados. Parece como que el establecimiento ha sido surtido en un puesto de ferias.

Las ancianas, cuya edad no baja de sesenta años, parecían contentas y reinaba entre ellas una cordialidad con-

movedora: comían cada cual en su asiento, porque el local no permite una mesa grande para todas. El aspecto de aquella habitación, la observación de los diversos tipos que se veían allí reunidos, y la buena armonía que reinaba, nos impresionaron vivamente.

Salimos de aquel cuarto, y nos enseñaron el ropero, que es un pequeño almacén de ropa, numerado según la pertenencia, y con estantes sin numeración, para significar la propiedad de todos; después subimos por la escalera interior, que se llama *San José*, para visitar el departamento de los hombres. En el piso alto se reprodujo el mismo cuadro: igual aseo y cuidado en las habitaciones: los acogidos son diez y nueve, y notamos en el comedor que los hombres disfrutaban una ventaja, la de tener dos mesas. Lo demás corre parejas con el departamento ya descrito. También hallamos una novedad digna de mencionarse. Entre los ancianos á quienes las vicisitudes de la vida han conducido al establecimiento, nos sorprendió uno sobre todo. Es un italiano, vicecónsul en otro tiempo, y hoy pobre de solemnidad. El decano es un hombre de ochenta años: las mujeres llevan en esta parte veinticuatro años de ventaja. El bello sexo ha de ser siempre para la naturaleza el más favorecido.

He dicho impensadamente bello sexo: allí no hay sexos ya; allí no hay sino ruinas. La última transformación del ser humano en su estado más triste. Allí todos son viejos sin familia, sin afecciones en el mundo, donde vivían abandonados hasta que la caridad les dió familia. Suprimid la casa de las *Hermanitas de los pobres*, y vereis á aquellos infelices mendigar el sustento á la puerta de las iglesias, sin saber á dónde retirarse por las noches, temblando de frío en el invierno, abrasados por el sol en los meses de verano, y solos, siempre solos. Destruid el caritativo establecimiento, y privareis de la paz que hoy disfru-

tan á cuarenta y cinco desgraciados.

Cuando nos aproximamos á la puerta de salida, todos íbamos pensativos. ¡Quién sabe lo que el porvenir reserva á cada cual! ¡Pobres de los que llegan á la vejez y sólo encuentran soledad y no tienen á dónde refugiar su corazón abandonado, en la edad en que es tan necesario el afecto como en la infancia! La falta de ese consuelo es la mayor de las pobreza, y ese consuelo ese cariño, esa dulzura es el objeto de la fundación del virtuoso párroco de San Servando.

Al lado de la puerta vimos un cepillo con la siguiente inscripción: «Bendita sea de Jesús y María la mano que aquí deja algo para los pobres.» ¡Quién resiste á tan caritativo y justo llamamiento?

—¡Ah, caballeros! dijo la buena religiosa al despedirnos, nuestras primeras oraciones serán para vosotros y para vuestras familias. No olvidéis que aquí todo se admite y se aprovecha. Lo más inútil de las casas es para el establecimiento útil, y muchas veces necesario: trajes usados, calzado de desecho, telas y muebles, todo lo recibimos con gratitud y lo empleamos en beneficio de los pobres. Decídselo á vuestros amigos; muchas personas se ven privadas de contribuir á nuestra obra por ignorar hasta la existencia de esta casa. El frío se aproxima, la ropa de invierno es cara, *y son cuarenta y cinco* los pobres.

La hermana colectora nos enseñó una obra de aguja digna de mencionarse: era un pañuelo de abrigo, formado de retazos, todos de color diferente, y cosidos con esmero.

—Ya dijimos á V. que aquí todo se aprovecha.

Lectoras, os declaro que contemplé con respeto aquel pañuelo, y aún las manos que consumaron aquella obra maestra de paciencia.

Mis compañeros estaban conmovidos, y eso que tienen el corazón algo duro: yo encontré mi conciencia más turbia que de costumbre. ¡Oh, humanidad! ¡si sólo obedecieses á ciertos arranques generosos y honrados que ahogas por un rubor mal entendido y funesto!.....

Si en aquel momento alguien lograse leer en nuestros pensamientos, nos hubiera tomado por trapenses.

Creedme, amables lectoras, dejad un día el paseo y visitad aquella casa hospitalaria, seguras de que hallareis en ella más satisfacciones que en vagar sin objeto ante las verjas del Botánico. Si en mí, que no tengo como vosotros, y lo siento, las lágrimas en el bolsillo,

ha producido tal emoción una visita al establecimiento de las buenas Hermanitas de los pobres, á vosotras, de corazón más bello y sensible y de más delicados instintos, os procurará mayores goces. No temais el aspecto de la miseria: allí no existe sino pobreza, pero aseada, simpática, no en forma desagradable. Allí puede ejercerse la caridad sin riesgo de alimentar el vicio, como sucede con la mendicidad ambulante. Vuestros adornos y vuestros trajes de seda, es verdad que formarán contraste raro con la modestia y sencillez de aquella santa casa, pero os recibirán con agasajo, porque al veros entrar, calcularán sin duda las nueve religiosas que comparten las tareas del establecimiento, que no dejareis de acercar vuestras lindas manos al cepillo de los pobres.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

LA BUENA HADA

Muy lejos, muy lejos de aquí, en la luna, pongo por caso, existía un país que se parecía mucho al nuestro, cuyos habitantes tenían nuestros gustos, nuestras costumbres; en una palabra, no se diferenciaban absolutamente nada de nosotros, si bien ellos conservaban todavía la creencia de ciertas antiguas tradicionales supersticiones, á las que nosotros hemos renunciado hace ya siglos, para reemplazarlas, dicho sea en confianza, con algunos que otros errores garrafales.

Los habitantes de quienes hablo creían en las hadas, y esta creencia estaba tan arraigada en todas las clases, que hubiera sido mal mirado allí el que hu-

biese hecho alarde de no creer lo que creía la generalidad. Algunos había que no creían en tales cosas, pero se guardaban bien de decirlo.

Entre aquellos habitantes se hallaba una mujer, tan notable en su edad madura por su talento y las excelentes prendas de su carácter, como lo había sido en su juventud por la belleza incomparable con que Dios la había dotado. Viuda del primer escudero del rey, ocupaba un lugar entre las damas de la reina, que la distinguía y apreciaba mucho. Ni el rango, ni la fortuna, ni el favor habían podido procurar enemigos á aquella, cuya bondad desarmaba la más refinada envidia.

Aleza, así se llamaba, contaba por amigos á todos los que tenían la suerte de conocerla, y llegó á la edad de cuarenta años sin haber sufrido más pesares que los de la pérdida de algunos individuos de su familia.

De su matrimonio le habia quedado una niña que, á los doce años, anunciaba ya que seria tan bella como su madre. Aleza consagraba todo el tiempo de que podia disponer al cuidado de la educacion de aquella niña, en quien adoraba. Elisa, que así se llamaba la niña, mostraba ya, sin embargo, más de un defecto, que su madre atribuía á la ligereza propia de la edad, y se prometía que con el tiempo se corregiria su querida hija. Entre los defectos de Elisa eran los más notables el horror que tenía á todo lo que le hacía fijar un poco la atención, el aturdimiento que la llevaba á descuidar sus deberes, y una tendencia fatal á la burla, cosa impropia de una niña decente. Este último defecto era el que parecia á su madre más imperdonable; aunque la niña solía burlarse con cierta gracia, su madre no le reía nunca esta gracia, y más que de reír le daba ganas de llorar oír sus chistes.

Un dia hallábanse las dos hablando, junto á la chimenea, porque Aleza constantemente procuraba hablar con su hija, para con prudentes reflexiones corregirla de sus defectos.

—¿Con que dice V., mamá, dijo Elisa, que hay que sufrir muchos pesares en el mundo?

—Sobre todo cuando la suerte nos ha colocado en un rango elevado en la sociedad. Dios ha querido quizas que aquellos que están dispensados de sufrir trabajos materiales sufran más profundas penas en el alma.

—Pues V., mamá, siempre ha sido feliz, gracias á Dios.

—¡Ah! exclamó Aleza, sonriendo, es que yo tengo una buena hada que me dirige y protege.

—¡Ay! ¡una hada! repitió Elisa. ¿Ha visto V. una hada?... ¿Dónde la podría ver yo?... Me gustaria tanto verla...

—La veo en mi gabinete azul, donde me encierro algunas veces horas enteras.

—Es verdad que allí pasa V. mucho tiempo.

—Bueno; pues allí, pienso, reflexiono, examino mi propio carácter, paso revista á todas mis acciones, y, en fin, procuro conocerme perfectamente.

—¿Y la hada?...

Aleza sonrió sin responder.

—Diga V. mamá, y si yo me encerrase en el gabinete azul, é hiciera lo mismo que V., ¿llegaria á ver á la hada?

—Lo mismo que yo. Pero no te creo capaz de reflexionar ni siquiera por espacio de cinco minutos; considera si tendrias paciencia para estar allí una hora.

—Sí, mamá, sí, quiero acostumbrarme á pensar como V. y estaré solita en el gabinete azul mucho tiempo.

—Pues, hija mia, dijo Aleza muy conmovida, si haces ese esfuerzo sobre tí misma, verás la hada, como yo, en el gabinete azul. Dentro de cuatro años leerás el papel que voy á darte, pero no ántes de esa fecha.

Habia algo de solemne en el acento de la buena madre, y Elisa se impresionó fuertemente. Aleza tomó la pluma, escribió en un papel, y luego metió este papel en un sobre.

—Pongo aquí sobre el lacre el sello de tu padre, de aquel que ya no vive

más que en nuestra memoria, y creo que será sagrado para tí hasta la fecha que te señalo. De hoy en cuatro años puedes abrir el sobre, pero no ántes.

Jamas se habia sentido tan conmovida la donosa Elisa. Besó respetuosamente el sello que cerraba el sobre y se arrojó llorando en los brazos de su madre. Alezia la abrazó con una ternura inexplicable, y tambien sus ojos se llenaron de lágrimas.

En aquel momento vinieron á avisarle que la reina la esperaba.

—Adios, hija mia, sé buena, dijo Alezia á su hija, dándola muchos besos.

Y partió.

Como dama de honor de la reina, acompañó á esta en coche al paseo. Y sucedió que, siendo muy fogosos los caballos y habiéndolos castigado duramente el cochero para hacerles subir una cuesta, los animales se desbocaron y volcaron el coche, que se destrozó completamente. La reina y la otra dama de honor salieron ilesas, pero la pobre Alezia, la madre de Elisa, quedó muerta, á consecuencia del golpe que recibió en la sien al caer.

MADAME DE BAWR.

(Concluirá en el número próximo.)

LA MADRE DESVENTURADA

Junto al tronco que hirió el rayo
está la infeliz Dorila,
y en el aciago torrente
clavada tiene la vista.
Al hijo de sus entrañas
perdió la triste en mal dia,
recuerdo de un caro esposo,
su único bien y delicia;
y de entónces la cuitada
ni sosiega ni respira,
secos de llorar sus ojos,
su débil razon perdida.
Ya errante vaga en los bosques,
como cierva fugitiva;
ya inmóvil yace en la yerba,
sin dar señales de vida;
Alzase luego azorada;
huye, vuelve, corre, grita,
acusa al cielo y la tierra,
desgarra pecho y mejillas...
Mas tal vez ilusion breve
dé tregua á su amarga cuita;
teje una cuna de mimbres,
y vivo al hijo imagina;
sobre la grama le mece,
con frescas flores le brinda,

y cariñosa le arrulla
con esta cancion sentida:

«Duerme, tierno niño,
duerme, dulce amor,
mientras con las ramas
te guardo del sol;
la rosa de Mayo
te envidia el color;
los rubios panales
tan rubios no son...

Duerme, tierno niño,
duerme, dulce amor,
alivio y consuelo
de mi corazon;
Por tí, hijo del alma,
por tí vivo yo;
así desde el cielo
te bendiga Dios!»

Un quejido dió la triste
que el pecho se le partia;
y cuajáronse en sus ojos
las lágrimas suspendidas.
Otra vez corre el torrente,
la causa de sus desdichas...
Y con la cuna en los brazos
al fondo se precipita.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.



DON ANTONIO SOLIS

A la por tantos conceptos ilustre ciudad de Alcalá de Henares cupo la suerte de ser patria de este gran escritor, que nació en el año de 1610 y murió en el de 1686. Fué D. Antonio Solís hombre de clarísimo ingenio, y desde muy jóven dió claras muestras de su privilegiada inteligencia, componiendo á los diez y siete años una comedia de no escaso mérito. Estudió con gran provecho, y sus talentos le elevaron á oficial de la secretaría de Estado y á cronista mayor de Indias, en una época en que los cargos públicos se daban sólo al saber y al mérito.

A los cincuenta y siete años de su edad se ordenó de sacerdote, que lo fué dignísimo y ejemplar.

Su obra más conocida y apreciada es la *Historia de la conquista de Méjico*, y entre sus comedias las más notables son: *Un bobo hace ciento*, *La gitanilla de Madrid*, *El amor al uso* y *Triunfos de amor y fortuna*.

Como escritor castizo, elegante, fácil y correcto, siempre ocupará D. Antonio Solís lugar privilegiado en el concepto de las personas doctas, y de la juventud estudiosa que busca los buenos modelos de estilo literario.



GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(CONTINUACION)

XVIII.

LA CIRCUNFERENCIA Y SUS LÍNEAS.

¡Se acabaron los polígonos!

Alguno de vosotros, mis queridos lectores, habrá exclamado así al terminar la lectura de mi anterior artículo.

Se acabaron los polígonos, sí; pero todavía queda mucho ántes de terminar este humilde trabajo.

¿Y de qué vais á tratar ahora?

Tal vez alguno quisiera hacerme esta pregunta si, como lee mis artículos, oyera de mi boca lo que por el papel sólo puedo transmitirle; pero no tengais cuidado: yo voy á deciros en seguida el punto de que vamos á tratar vosotros y yo. Sí; vosotros, leyendo estos renglones; y yo, escribiéndolos para que en ellos pongais vuestros ojos y vuestro pensamiento.

Mi amiguito Carlos era un profesor consumado; y digo *era* refiriéndome á sus explicaciones, puesto que aunque estas han terminado ya, no he perdido yo tan buen amigo, ni quiera Dios que perderlo pueda en mucho tiempo.

Cuando terminada la explicacion que os presenté en el capítulo anterior, fué á seguir en la siguiente tarde, famoso profesor, en su cátedra de geometría, iba prevenido con varias argollas de metal, hilos, alambres y otras varias bagatelas.

Era de ver al profesor cargado con aquellas cosas, que más parecían ju-

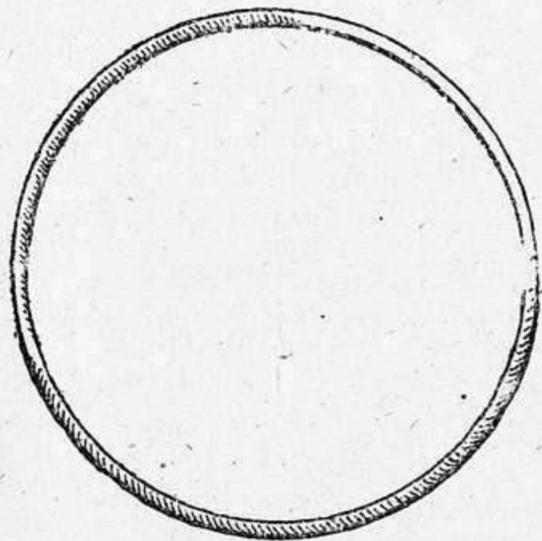
guetes que objetos que pudieran facilitar la enseñanza; pero es lo cierto que, gracias á los palitos, á las tablillas y demas adminículos, iban los niños haciéndose geómetras consumados. Vosotros podeis decir si mi amiguito era ó no buen profesor; yo, por mi parte, que no hago más que transmitir sus explicaciones, desearia sinceramente que os pareciese bueno; pero ya se ve, ¿cómo saber vuestra opinion sin que vosotros querais comunicársela al pobre cronista de los sucesos de la cátedra de Carlitos?

Pero volvamos á la geometría.

Os decia que Carlos llevaba varias argollas, y debo enseñaros una.

¿Enseñaros una?

Sí, niños; pintada, por supuesto. Yo soy fiel dibujante de los enseres instructivos del profesor infantil. Hé aquí una argolla de las que llevaba mi amiguito:



¿Y para qué, me direis, nos enseñais una cosa que todos hemos visto, con que todos hemos tantas veces jugado?

Os la presento porque ella nos enseña aquello de que puramente trató Carlitos en la tarde de que vengo á hablaros.

¿No habeis reparado en el epígrafe de este articulito?

La circunferencia y sus líneas; pues bien, la argollita presentaria perfectamente una circunferencia, si nosotros quisiéramos considerar como una línea el alambre que la forma.

Una circunferencia; es decir, lo que vosotros llamais comunmente *una redondela*.

Ya no tenemos que considerar hoy figuras: es sólo de líneas de lo que en este artículo tengo que hablaros. *La circunferencia es una línea.*

¿Cómo una línea, si no tiene ni principio ni fin?

Es verdad; no tiene principio, ni tampoco conclusion, porque, como veis, es una línea curva cerrada.

Ya recordareis lo que dijimos al principio de este trabajito que era línea curva; y Carlitos, que no estaba seguro de que todos los geómetras lo supiesen, lo preguntó á Rafael, para evitar el que otro cualquiera pudiera, habiéndolo olvidado, no decirlo.

Rafael contestó perfectamente.

—*Línea curva,* dijo, *es la que tiene todos sus puntos continuamente variando de direccion.*

—Pues bien, la circunferencia es una curva cerrada, pero que tiene una particularidad. «Es redonda,» dirá tal vez alguno de vosotros, que en ella verá esto claramente; pero yo no puedo decíroslo así, porque justamente es redonda por la circunstancia que voy á mencionaros.

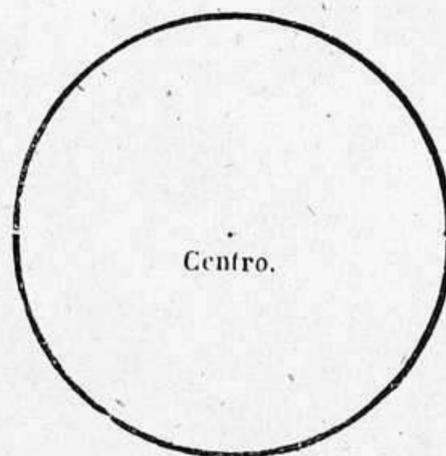
La circunferencia tiene todos sus puntos á igual distancia de otro que se

considera colocado precisamente en medio.

Este punto es el que voy á presentaros, diciéndoos tambien su nombre.

Empiezo por esto último, y os digo que se llama centro; y ahora vereis una circunferencia con su centro marcado.

Aquí la teneis:



Esta misma figurita que aquí veis la dibujó Carlitos sobre la mesa, valiéndose de un compas, instrumento necesario para trazar esta línea. Creo que vosotros sabreis lo que es un compas, y si no es así, decid á vuestros papás que os enseñen uno, y que os tracen con él una circunferencia. Yo me he valido de él para haceros lo que veis más arriba.

Si vuestros papás no tienen este bonito instrumento, vereis cómo ellos pueden fácilmente sustituirle con un hilo que tenga un lápiz, yeso ó cosa semejante atado en la punta.

Vosotros mismos podreis de este modo trazar una circunferencia: os voy á manifestar la manera de hacerlo. Tomais una cuerda cualquiera; en su extremo poneis un yeso blanco ó cosa parecida; dando á la cuerda la longitud que querais, la fijais en un punto, que será el centro; haceis despues que gire, estando tirante, y que marque el yeso al dar la vuelta sobre la superficie

sobre que el hilo esté fijado: el yeso, viniendo á parar al punto de donde salió, os dibujará una perfecta circunferencia.

Creo yo, queridos niños, que habreis comprendido perfectamente lo que es una circunferencia, y como quiera que Carlitos dijo á sus discípulos lo mismo que yo os he dicho, dejo de mencionar literalmente el principio de su leccion sobre este punto.

Mi amiguito el profesor hizo notar á los oyentes de su clase, á los niños que ya todos conoceis, dos cosas, para que, teniéndolas presentes, no incurriesen en equivocaciones que desde luego les serian desfavorables. Era una de ellas que nunca olvidasen que la circunfe-

rencia es una línea; era la otra que si no tenia todos sus puntos á igual distancia del centro, no podia llamarse circunferencia. Vosotros vereis en alguno de mis próximos artículos cómo esta prevision del jóven profesor era completamente fundada.

En mis otros artículos he dado la palabra al jóven profesor que tan perfectamente usaba de ella; en este he tomado sobre mí la tarea: no siempre ha de ser lo mismo, niños queridos. Habiéndose alargado éste más de lo que pensaba, termino aquí por hoy, sin mencionar las líneas de la circunferencia. En el siguiente, que será continuacion de éste, lo veremos seguramente.

E. THUILLIER.

VOCES DE ANIMALES

(TRADUCCION DEL PORTUGUES)

Charlan la urraca, el verde papagayo,
y **cacarea** alegre la gallina;
las palomas **arrullan** tiernamente,
gime la candorosa tortolilla.
Muge la vaca: el toro **da berridos**:
grazna la rana: **ruge** el leon con ira:
maya el gato: furioso el lobo **ahulla**,
y **gañe** y **ladra** el perro que vigila.
Estridente **ronquea** el elefante,
noble el caballo, con ardor **relincha**,
bala triste la tímida ovejuela,
y el **rebuzno** al jumento simboliza.
Chillando **gruñe** la sagaz raposa,
(animalillo cuya astucia admira):
cantan las aves al rayar el alba,
y el mochuelo agorero en sombras **pia**.
Sabén tambien los sueltos pajarillos
su **canto** variar que nos cautiva,
y unas veces exhalan sus **gorjeos**,
otras sin descansar gárrulos **trinan**.
Nunca logró cantar, aunque muy listo,
el gorrion, nocivo á las campiñas;
pues cual las comadreas y las ratas,

sabe apenas **chillar** sin melodía.
El negro cuervo **grazna** destemplado,
zumba el mosquito que enfadoso gira,
y la enorme serpiente en el desierto
con maléfico influjo horrible **silba**.
Grita la liebre y ronco **grazna** el pato,
se oyen **gruñir** los puercos á porfía,
mientras libando el jugo de las flores
suele **zumar** la abeja ántes que pica.
Braman los tigres y las fieras onzas,
con tristes **pios** el polluelo avisa,
canta soberbio el gallo y **cacarea**
y el débil cachorrillo **gruñe** y **grita**.
El corderuelo suelta sus **balidos**,
berrea con dolor la ternerilla,
agudos gritos el macaco arroja,
lanza **vagidos** la pequeña cria.

Dada fué el **habla** al hombre, rey de todos
los animales que la tierra habitan:
de algunos de estos las diversas **voces**
narradas quedan en humilde rima.

ANTONIO ARNAO.

EL PELIGRO



Esa donosa niña acaba de hacer una buena acción. Venía una pobre ciega en dirección á un pozo abierto; la niña comprendió el peligro y corrió á separar de aquel sitio á la infeliz ciega, que siguió su camino, colmándola de bendiciones.

¿No os parece una hermosa acción la de la niña?

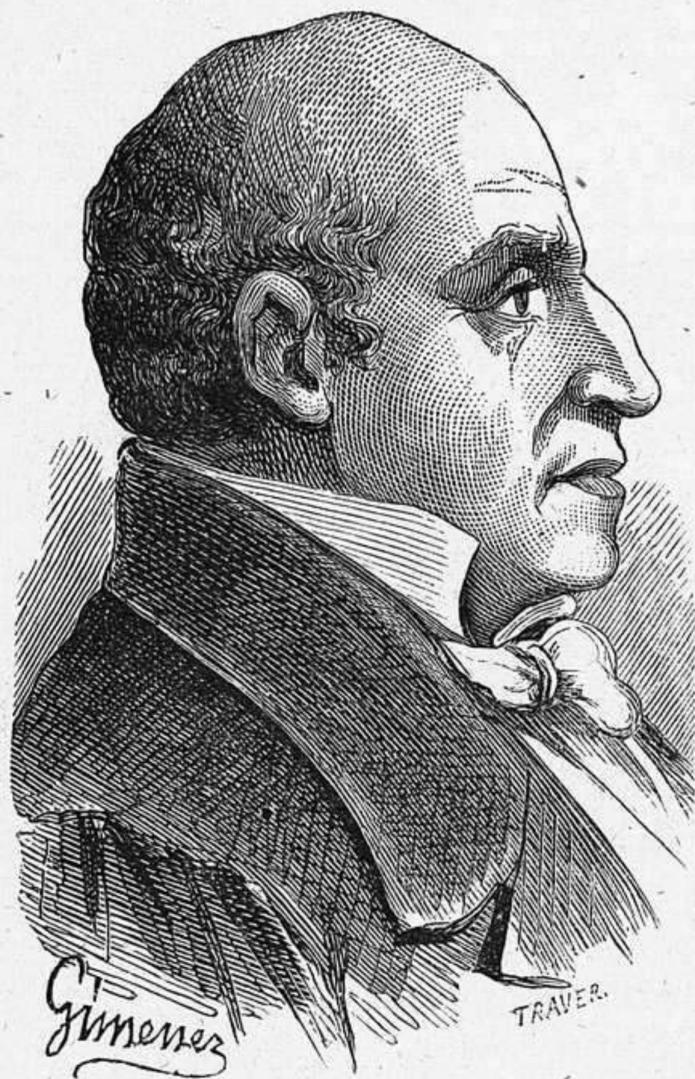
Pues lo mismo hacen con vosotros vuestros padres una y mil veces con sus cuidados y sus consejos.

Si la ciega, en lugar de seguir la dirección que le señaló la niña, se hubiera empeñado en seguir adelante, seguramente habría caído en el pozo y perecido desastrosamente.

Pues lo mismo caeréis vosotros en el precipicio si desoís los consejos y despreciáis los cuidados de vuestros amantísimos padres, y os empeñáis en seguir vuestros instintos y hacer vuestro capricho en todo.

Los niños son también ciegos á quienes hay precisión de guiar amorosamente, y esto es lo que hacen los padres y maestros, á quienes siempre debéis considerar como vuestros salvadores, porque sin ellos no podríais libraros de los mil peligros que el mundo ofrece á la inexperiencia.

No olvideis esto y sed agradecidos y colmad de bendiciones á vuestros padres y maestros, como la ciega á la niña que ha corrido á librarla de una desastrosa muerte.



DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS



Casi podemos considerar contemporáneo á este insigne español, pues habiendo nacido en 1744, murió en 1810.

De todos es justamente respetado este nombre, ilustre por muchos conceptos. Jovellanos, como dice un biógrafo, sobresalió en todos los estudios á que se dedicó, y quiso que España participase de los adelantos científicos y literarios de las demas naciones. Éranle familiares todos los ramos del saber humano; bien claro lo muestran sus obras sobre instruccion pública,

sobre legislación, sobre historia, hacienda, nobles artes, comercio, literatura, antigüedades é industria.

Y con ser un hombre de tal valía y haber ocupado altos puestos en la gobernacion del Estado, no le hubo nunca más modesto.

Tambien escribió la conocida comedia *El delincuente honrado*.

Gijon fué su cuna.

Ejemplo digno de imitar dió á su patria con sus virtudes el insigne don Gaspar Melchor de Jovellanos.





QUIEN MAL ANDA, MAL ACABA

BREVE, TREMENDA Y VERÍDICA HISTORIA

II.

Jazmin recibió varios recados del padre de Zoraida, amenazándole deslomarle y sacarle los ojos si continuaba haciendo el lindo por los tejados; pero Jazmin hacia el mismo caso que del emperador de la China.

Tan sin orden y á su libertad vivia, que solia no parecer por su casa en semanas enteras, y para mantenerse, acicalarse y enviar regalitos á Zoraida, pedia prestado á un gato usurero que habitaba en la vecindad, el cual le hacia firmar unos pagarés de triple valor

que lo prestado. Así comprometia este gato su porvenir y estaba mal mirado por todos los gatos de bien, y solamente eran sus amigos los gatos perdidos y sin vergüenza, cuyo aplauso le halagaba mucho, lo cual os da la medida de sus malos instintos, pues el aplauso de la mala gente á nadie debe halagar, y ningun sabio se paga de los vitorios de personas que no son buenas y virtuosas.

Pero este capítulo es ya muy largo. Vamos á otro.



III.

Sucedió que Jazmin, por darse tono, tomó á su servicio un gato más pillo que otra cosa, y me le vistió de paje y todo cuento, y se lo envió con un agasajo de queso y alguna otra golosina á la inocente Zoraida, con encargo de entregar al propio tiempo á la gata una carta en la que no le diría más que tonterías, pues ¿qué han de decir los tontos sino tonterías?... Llegó el paje muy ufano á desempeñar su cometido, y ya estaba Zoraida leyendo la carta, cuando súbito se precipita el severo padre, se interpone entre los dos, rom-

pe la carta, pega tres bufidos á su hija, y al atemorizado paje háblale de esta guisa:

—Id, seor escudero del diablo, y decid á quien os envia que si vuelve á enviaros ó él aparece por estos sitios, conmigo será en singular batalla, y tenga entónces por llegada la hora de su muerte, para escarmiento de pícaros.

Volvió el paje, lleno de miedo á dar estas razones á su señor, y...

Pero quédese aquí la narracion hasta el próximo capítulo, último de esta breve, tremenda y verídica historia.

(Se concluirá.)